

Reseñas

JENSON, R. W., *Canon and Creed* (Westminster John Knox Press, Louisville KY 2010). 136 pp. ISBN: 978-0-664-23054-8

Robert W. Jenson es uno de los teólogos más interesantes en Estados Unidos. Esta nueva obra suya, una monografía sobre la interacción del canon bíblico con el credo, ilumina un tema urgente dada la “alienación mutua” que existe en parte de la erudición moderna y en parte de la Iglesia. (La palabra *church* aparece en el libro con minúscula, es decir, en referencia a las iglesias cristianas en general, tanto la católica como las protestantes.) La respectiva función del canon y del credo no es comprensible sin su mutua referencia y ayuda. La presente alienación no tiene soporte alguno en la historia. Jenson defiende que tanto el canon como el credo son firmes testigos de la verdad cristiana, del misterio de Jesucristo. Con respecto al canon, da igual que se tome la evidencia del siglo IV (en el fragmento Muratorio) o de la segunda mitad del siglo II. En este libro ha optado por la primera porque su interés está en la estructura y argumento de la misma Escritura. El ensayo tiene tres partes: presenta primero los motivos centrales de la cuestión: el canon y el credo, las “Escrituras” de Israel, el Credo y el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la *regula fidei*, y el símbolo de los Apóstoles. La segunda parte se titula “extensiones” y, aunque no son todas las posibles, repasa tres de ellas: el texto bíblico canónico, el dogma cristiano, y la institución episcopal. En la última parte del libro ofrece varios ejemplos de exégesis a la luz del credo como teoría crítica para iluminar la Escritura; los tres pasajes son conocidos: el relato de la creación (Génesis 1:1-5), la anunciación a María (Lucas 1:26-38), y el momento culminante de la agonía en el huerto (Marcos 14:35-36). En los dos primeros, la luz viene del credo; en el tercero, del dogma.

Las “escrituras” de Israel, o Biblia hebrea, fueron los textos sagrados de los primeros creyentes cristianos; hablar de “Antiguo Testamento” no tiene connotación despectiva, como algo anticuado. No es que la Iglesia se apoderara de las Escrituras del pueblo israelita. Los primeros discípulos no se preguntaron si deberían “adoptar” las Escrituras de Israel por la sencilla razón de que ya eran sus Escrituras sagradas. La verdadera pregunta, y Jenson afirma que no es menos contemporánea, fue más bien, “¿puede la Escritura de Israel aceptar esta proclamación de la Resurrección de Jesús y este nuevo movimiento dentro de Israel? (p. 20). Pero esta pregunta ni siquiera pudieron hacerla los primeros discípulos pues Dios la había contestado antes de que pudieran hacerlo al resucitar a Jesús de entre muertos, contenido esencial de la nueva fe. Para los discípulos no hay duda de que “la singular revelación en Cristo *incluye* su presencia en el Antiguo Testamento” (p. 22).

El Dios creador es el Padre de Jesús pero la creación es la única referencia del Antiguo Testamento en el símbolo o regla de fe (aunque Jenson no menciona que el credo habla de las “Escrituras” y de los “profetas”): salta de la creación a la encarna-

ción sin decir nada de la narrativa histórica de Israel, ausencia en parte explicada por los gentiles (creación es universal, para todos los seres humanos), la práctica misionera de la Iglesia, y la controversia de aquel momento histórico con Marción y los gnósticos. Según Jenson esto ha derivado en cierto sentimentalismo cristiano al contraponer el Dios del Antiguo Testamento y el Padre de Jesús, es decir, un Dios más abuelo que padre, así como un reemplazo por la divinidad aristotélica, libre en absoluto de potencialidad. El canon sin el credo no sirve para proteger a la Iglesia, y tampoco, el credo sin el canon. Esta verdad lleva a Jenson a la importancia esencial de la continuidad de un gobierno eclesiástico constituido en un sacramento.

En la segunda parte, Jenson define tres “extensiones” al discurso sobre la noción de “canon”: el llamado “texto canónico” (en el Antiguo Testamento serían las dos versiones, hebrea y griega), el dogma (como un riesgo de fe de la comunidad eclesial a lo largo de la historia), y el episcopado. Este último es el tercer componente, junto con canon y credo, que la Iglesia recibe en el siglo II como respuesta a las crisis de fe. Desde la época post-apostólica, el episcopado monárquico se convirtió en el modelo general de gobierno eclesiástico. Un obispo tendría entonces conocimiento de lo que enseñaban otras iglesias para proteger la integridad de la fe; pronto constituyen un colegio episcopal. Sin querer juzgar, Jenson dice que otras iglesias sin obispos exhiben un “magisterio no muy prestigioso”. La tercera parte es una aplicación de estos principios mostrando al credo como teoría crítica para la Escritura o, como se diría hace unas décadas, el credo como principio de hermenéutica. La Iglesia no es del mundo pero está en el mundo, y en la modernidad, como es de esperar, la Escritura recibe una lectura crítica. Pero esa lectura, afirma Jenson, es responsabilidad de la misma Iglesia: “El ojo sospechoso que se necesita es el ojo entrenado en la Iglesia para desconfiar de toda religiosidad meramente humana, también como puede aparecer en la Escritura” (p. 81). No desarrolla en este libro la crítica de la religión que es propia y que hace el cristianismo, pero ofrece varios ejemplos que la muestran de una manera práctica. El objeto de esa lectura crítica, por ejemplo con los evangelios, no es el Jesús de uno u otro evangelista canónico sino conocer al Jesús del Nuevo Testamento, al Jesús que es sujeto de “... ha resucitado.” Los dos primeros textos (Génesis 1:1-5 y Lucas 1:26-38) son pasajes que han recibido extraordinaria atención en la exégesis y son aquí iluminados a la luz del credo cristiano; el tercero (Marcos 14:35-36) es esclarecido a la luz del dogma. El lector de este libro comprueba así la importancia de canon, credo y dogma en la mejor intelección del misterio cristiano: canon y credo se completan y complementan como dos piezas de un rompecabezas.